

# En un país de cuya historia sí quiero acordarme

Lourdes Jaime Vázquez\*



*No pongas los codos sobre la mesa. No hables con la boca llena. Muchos niños en el mundo se mueren de hambre y ahora me sales con que no te gustan los ejotes. Come con la derecha. Qué dirán los papás de tus amigos cuando te inviten. Siéntate bien.*  
Gonzalo Celorio, *Amor propio*.

Quizá no todos formarán parte de la historia de la literatura mexicana con mayúsculas, pero sin ninguna duda han regalado un rato de placer a sus lectores y también fotografías muy válidas de una sociedad que comenzaba a avergonzarse de los padres ayer campesinos y del rebozo apenas abandonado. De la literatura de la onda a la primera generación de escritores crecidos ya en el auge de las computadoras, algunos de ellos son –a pesar de o precisamente por su ligereza– versiones irremplazables de la sociología de la cultura del México ombliguista de fin de milenio. La antiolemonidad y el desparpajo en la narrativa de quienes dejaron la niñez a la par que el país daba la espalda al campo, han permitido quizá saber más de la alemanista clase media en ascenso y sus devaluados descendientes que todos los tratados académicos, debidamente fundamentados en paradigmas y metodologías.

Eran los años cincuenta y sesenta, llegaban los Beatles y los "milagros" se reproducían por toda América Latina, con México por delante en la marcha indiscutible hacia el paraíso de la vida urbana y moderna. Surgían los multifamiliares y *Life* retrataba a los que dejaban el techo de lámina para trasladarse a Tlatelolco, con agua corriente todo el día, un televisor en la sala y un pedazo de verde con juegos infantiles. Y es que "aquel año, al parecer, las cosas andaban muy bien: a cada rato suspendían las clases para llevarnos a la inauguración de carreteras, avenidas, presas, parques, deportivos, hospitales [...]"<sup>1</sup>

Espejismo de una clase media niña a la que tenían asustada con el coco del comunismo y que por eso miraba embelesada hacia el norte y "empezábamos a comer hamburguesas, pays, donas, jtdogs [...] La cocacola sepultaba las aguas frescas de jamaica, chía, limón".<sup>2</sup>

El horizonte era infinito. La aristocracia defeña se mudaba a Polanco y El Pedregal, dejando las viejas colonias del centro para la inmigrante provincia que se soñaba clase media en ebullición y quería también comer parte del pastel. Se construía así la historia del espacio privado de la clase media capitalina, que iba en círculos de la Condesa a la Roma y a la del Valle y vuelta a empezar; a veces hasta la Anáhuac o Mixcoac, cuando los vaivenes financieros llevaban a la familia a las filas del proletariado, aunque siempre con la intención de volver al paraíso recién alcanzado. Calles que permitían patearse todo el mapa nacional en tardes de fútbol infantil o noches de abrazos furtivos. Ir a la papelería a Chihuahua, reunirse tras un balón en Jalisco, vivir en los recién nacidos departamentos de la Nuevo León.

Una generación de niños de colegio que todavía se hincaban cada viernes primero a confesar pecados inexistentes, a responder preguntas no entendidas, a inquietarse con aquello de "¿Crees que antes de abrirte la puerta cometió un acto sucio? Y luego: ¿has tenido malos tactos?"<sup>3</sup> Venían muchos del sopor de una provincia que aún formaba parte del pasado reciente y hasta ayer todos habían cumplido a rajatabla con la visita dominical al templo, y por eso "las citas se hacían los domingos, cuando íbamos juntos a misa y se realizaban en el cuarto de trastos inservi-

\* Responsable del Área de Catalogación y Desarrollo de Colecciones de la Biblioteca del INESO.

bles [...] entre viejas figuras de santos [...] candelabros oxidados, muebles rotos [...]"<sup>4</sup>

Inimaginables todavía la telecasa y el teletrabajo. El mundo era ingenuo y los mexicanos se maravillaban con la televisión, el tocadiscos y la pluma atómica, pues "los bolígrafos apestaban, derramaban tinta viscosa; [las plumas atómicas] eran la novedad absoluta aquel año en que por última vez usábamos tintero, manguillo, secante".<sup>5</sup>

Nadie pensaba entonces que la marcha en línea recta hacia adelante iba a saltar en mil pedazos apenas crecieran los niños y dijese "prohibido prohibir" y "la imaginación al poder". Infancia no había sido destino y la familia se tambaleaba por vez primera, que para las disputas bastaba el pretexto de la música o sobraba el "haz el amor y no la guerra". Siempre había "gananas de armar escándalo con el estéreo [...] Tenía deseos de molestar. Tuve suerte: mi madre tomaba chocolate humeante en el jol [...] Regresé pausadamente el aparato. El disco comenzaba con un sonido de bongós que crecía paulatinamente de volumen [...] -¡Detén tu infernal ruido, he tirado el chocolate!"<sup>6</sup>

Sucedía que hacían su aparición las princesas del Palacio de Hierro, niñas de "Guadalajara pues" y adolescentes privilegiados, de fines de semana en la ciudad que la cursi crónica social llamaba "de la eterna primavera". Por eso "teníamos la costumbre al terminar nuestras comidas, y sobre todo si era domingo, de ir a Cuernavaca a tomar un blodí meiri, tú. Nos lo tomábamos y regresábamos a México".<sup>7</sup> A veces también era Cuautla y cuando se hablaba de más días, por supuesto Acapulco. Atrás quedaban los juegos infantiles y ahora "le dije que iba a buscar cigarrillos [...] Cuando regresé me recibió como si no hubiera pasado nada. Había pedido unas copas y empezó a contarme, riéndose continuamente, historias de cuando estuvo interna en Canadá, hasta que Teresa dejó de jugar con los niños y se acercó a proponernos que nos echáramos a la piscina otra vez".<sup>8</sup>

El cigarro y el vino como ritos de paso a la vida adulta, disfrutados como sólo se disfruta lo prohibido e instruyéndose con los amigos para "fumar cigarrillos sin filtro y beber sin perder el conocimiento, aprendí a adorar a las mujeres, a discutir y a leer no como un entretenimiento, sino como parte de la ingeniería de la propia vida".<sup>9</sup> Érase que se era que en los ratos libres ganados a las cotidianas obligaciones escolares, se atravesaba maliciosamente un café o un restaurante, argumentos siempre contundentes para el erotismo naciente, para incubar historias escritas a cuatro manos, que "de esto y no de otra cosa se trató la tarde en que Liza y yo entramos al

restaurante 'Boca del río' del sur de la ciudad de México".<sup>10</sup>

Por el momento, no más concesiones al amor burgués si la noche es larga y la vida más, así que ahí están el cine, el baile y la plástica cultural, pues cualquier pretexto es válido para comerse el mundo y "además, el programa ya está hecho. Pasan dos films: uno lo quiero ver; el otro, no [...] primero nos divertimos con la película, y luego, con nosotros mismos. ¿Te gusta esa versión?"<sup>11</sup> Es el cuerpo que reclama una atención nunca antes conocida y se lanza a bailar, inventar citas en cafés y maravillarse con el placer del tacto, en la repetida y siempre nueva historia del descubrimiento del amor, de conseguir "que mis rodillas se apretaran contra las tuyas y respiraba contra mi cuello con un ritmo suave y parejo".<sup>12</sup>

El baile a la vuelta de cada fin de semana, sin necesidad de más que "ponerse traje y corbata, echarse a la calle y escurrirse con discreción en la primera fiesta que se cruzara, preguntando ¿ya llegó Roberto? [...] así hasta dar con la fiesta idónea a los caprichos de la caravana".<sup>13</sup> Sí los Beatles, pero también el *light* de "popotitos eres un primor", Angélica María y todos los novios de la novia de México; y luego, cuando el cuerpo había aflojado, el ritmo de Lobo y Melón, que "En un bote de vela/ sin marca y compás/ rumbo no sé donde/ quiero naufragar". Rocanrol o rumba, lo importante era estar ahí cuando la orquesta o el tocadiscos atacaban y aullar "de alegría al empezar las hostilidades, bailándolo. Elsa regresó y nos unimos a la jauría de compañebrios. Tal parece que el rock fue grito de guerra, pues empezaron a llover invitados en busca de jaiboles".<sup>14</sup>

En el camino había que convencer a los padres de que era mejor hacer el amor que estar a favor de Vietnam, y aprender a neutralizar iras de antología cuando "papito estaba encolerizado. La cocinera le contó que Elsa había pasado la noche conmigo [...] -¡Eres un desvergonzado!, el que fuera tu cumpleaños no te daba derecho de convertir la casa en un prostíbulo".<sup>15</sup> Poco importaba para eso haberse ido al "departamento propio" -que diría la Wolf-, aunque sin más posesiones que los veinte años y las ganas de estar de vuelta de todo para poder responder "No, señora, se vuelve usted a equivocar, no nos hemos casado, ni creo que nos casemos nunca. Lo que pasa es que vivimos juntos [...] -No puedo creerlo, me parece una burla, ¿qué ha pasado con las buenas costumbres?, ¿para esto gastamos tanto dinero en escuelas?"<sup>16</sup>

Familia en descomposición que a ratos no necesitaba nada para protagonizar kálficos conflictos de los que nadie sabía bien a bien la causa, herederos



El momento histórico, 1997, acrílico sobre papel, 68 x 97.5 cm.

seguramente del melodrama cinematográfico de los cuarenta y cincuenta, pero también expresiones ciertas de la brecha generacional que por vez primera cobraba protagonismo en la historia. Podía suceder cualquier mañana "que mi padre persiguió a mi hermano con un martillo en la mano derecha, un cinturón en la izquierda y éste, armado de una silla y unas tijeras, lo rechazaba subido en la cama [...] -¡Acércate y te mato! -decía uno con la silla [...] -¡Ven acá! ¡Estás loco! -decía el contrincante [...] -¡Abusivo, autoritario! -decía el otro. Nunca supe el motivo de esta pelea [...]"<sup>17</sup>

Además, como en la vida no todo es ocio, también había que inventarse una vocación para ser distinto al papá abogado, médico o contador, y no reflejarse en él, perdido tantas veces en una oficina plena de escritorios, horarios y rutinas burocráticas. En la huida de ese escenario hacen su aparición la bohemia y el trabajo cultural, que dan para sentirse feliz y hablar "todo el tiempo de que iba a debutar profesionalmente, pero cuando le ofrecían un papel siempre resultaba demasiado pobre o no le iba o era demasiado arriesgado".<sup>18</sup> Se soñaba con el escenario, con escribir el cuento que trajese la fama, con volverse parte de la naciente crítica de cine, aunque

fuera para descalificar una época fílmica que ya no era de oro, y decir entonces que "el festival 'El cine mexicano y sus estrellas' fue totalmente negativo; dije que no servía para nada, que era un mero pretexto para enviar a actores y actrices de paseo".<sup>19</sup> La escritura como pasaporte al paraíso y posibilidad de dejar atrás el tedio, así que "decidí trabajar literariamente. Escribir una novela. Me encerraba en mi cuarto casi todo el día escribiendo capítulos que nunca me gustaban".<sup>20</sup> Luego, para aquéllos a quienes llama más la vida que la ficción existe el periodismo, a cuevas con su fama de bohemio y trasnochado, que no pide más que sumarse al "estudio de un gran manual de la edición, 'Chicago Style'. Todos los misterios del oficio estaban contenidos en esta obra, todas las dudas y sueños editoriales resueltos en sus páginas".<sup>21</sup>

Mas no se piense en vocaciones fáciles, que en el mejor de los casos ahí está la palabra paterna para recordar que eso no da para comer y menos para casarse, aunque igual nadie pensaba en eso; pero del regaño no había escapatoria "más aún si se piensa que la carrera elegida no había sido administración de empresas o contaduría o diseño industrial sino la lujosa, la medieval, la elitista carrera de las letras eso

para qué sirve, te vas a morir de hambre, son estudios para las mujeres mientras se casan".<sup>22</sup> Para ellas el escenario es todavía peor, pues las niñas se extravían con eso de ser reporteras y caminar por lugares a donde no van las familias bien, cuando no es que hace su aparición algún empresario teatral "sin escrúpulos", que la hará perder la vergüenza irremediablemente; así que cuando dijo "en la casa que iba a trabajar en el departamento de un periodista, mi papá puso el grito en el cielo. Naturalmente intuí que ese trabajo me gustaría, sólo porque a la familia le había parecido indecente. Terminé diciendo que el departamento de un periodista [...] no era otro que el Departamento Editorial".<sup>23</sup> Melodrama con olor a Fernando Soler, cuando los hijos se van; y, lloviendo sobre mojado, las angustias reales de un destino apenas descubierto, que no resultaba tan glamoroso como se había soñado, pues mientras llegaba la consagración "la editorial Planeta le pagaba dos salarios mínimos por cada 110 hojas mecanografiadas. Había tardes en que podía teclear, de un sólo tirón, hasta treinta cuartillas".<sup>24</sup>

Luego, de golpe, todos se volverían adultos con México "y de pronto, abriendo los ojos como platos, gritó, para asombro de todos los presentes, las palabras que lo transportaron del siglo catorce al siglo diecinueve: —¡Son unos hijos de su rechingada madre! El ejército había tomado Ciudad Universitaria".<sup>25</sup> Vivirían entonces años oscuros con el país, nunca propicios para el desparpajo y sí para "buscar de veras, buscar las víctimas de verdad [...] En vez de leer los relatos del Che, en vez de llevar los libros, llevaba la pistola [...] que compré después de Tlatelolco. Quería odiar más, cada vez más".<sup>26</sup>

El horror descubrió entonces que, en el sinsentido total, había sido mentira la juvenil creencia en el poder de las flores, pero también el kennedyano y paterno sueño de la Alianza para el Progreso. La brutalidad y la rapiña sepultaron literal y metafóricamente vidas y sueños de muchos. Nunca más sería el paraíso rosa de esa década. El mundo había cambiado y con él una generación que se soñó libre y a la que los padres pensaron rica e importante, pero se encontró con que la habían saqueado y asistió años después a un reguero de amores desacompañados, matrimonios fugaces y divorcios consecuentes, de modo que "ante su insistencia de pasar a beber una copa, le sugerí que se la fuera a tomar con su amiga la reportera de radio. Y subí yo sola por el elevador, no sin haberme arrepentido de dormir sola esa noche".<sup>27</sup> Una generación que conjuró a la democracia, sin saber que para eso a Tlatelolco le faltaba un terremoto, al país 40 millones de mexicanos en la miseria y a Chiapas un 1o. de enero.

Cierto que "demolieron la escuela, demolieron el edificio de Mariana, demolieron la Colonia Roma. Se acabó esa ciudad, terminó aquel país",<sup>28</sup> pero contra lo que dice el Carlitos de José Emilio Pacheco, sí hay memoria del México de aquellos años, no porque importe tener nostalgia, sino porque paradójicamente es la memoria la que nos lanza hacia adelante, aunque parezca anclada en el pasado. Sin ella estaríamos condenados a repetir cíclicamente los errores y a vivir el eterno retorno de la historia.

no me importa lo vivido  
me mata la estupidez  
de encontrar un fin de siglo  
distinto del que soñé  
(Ana Belén canta a Víctor Manuel)♦

### Notas

1. Pacheco, José Emilio. *Las batallas en el desierto*, Gran Colección de la Literatura Mexicana, La narrativa, t.II, p.688.
2. *Ibidem*, p.686.
3. *Ibid.*, p.698.
4. García Ponce, Juan. *Figura de paja*, Joaquín Mortiz, serie El Volador, México, 1968, p.29.
5. Pacheco, José Emilio. *Op cit.*, p.692.
6. Agustín, José. *La tumba*, Grijalbo, México, 1978, pp.21-22.
7. Sainz, Gustavo. *La princesa del Palacio de Hierro*, Océano, México, 1982, p.88.
8. García Ponce, Juan. *Op cit.*, p.21
9. Aguilar Camín, Héctor. "Los motivos de Lobo", en *Historias conversadas*, Cal y Arena, México, 1992, p.121.
10. Pérez Gay, Rafael. *Esta vez para siempre*, Cal y Arena, México, 1990, p.45.
11. Agustín, José. *Op cit.*, p.73.
12. García Ponce, Juan. *Op cit.*, p.48.
13. Aguilar Camín, Héctor. *Op cit.*, pp.119-120.
14. Agustín, José. *Op cit.*, p.78.
15. *Ibidem*, p.81.
16. Alatraste, Sealtiel. *Por vivir en quinto patio*, Joaquín Mortiz, México, 1985, pp.222-223.
17. Pérez Gay, Rafael. "Llevaré tu nombre", en *Llamadas nocturnas*, Cal y Arena, México, 1993, pp.103-104.
18. García Ponce, Juan. *Op cit.*, p.33.
19. Alatraste, Sealtiel. *Op cit.*, p.84.
20. Agustín, José. *Op cit.*, p.55.
21. Pérez Gay, Rafael. *Op cit.*, p.29.
22. Celorio, Gonzalo. *Amor propio*, Tusquets, Barcelona, 1992, p.49.
23. Molina, Silvia. *La familia vino del norte*, Cal y Arena, México, 1987, p.27.
24. Martín del Campo, David. *Dama de noche*, Joaquín Mortiz, México, 1990, p.13.
25. Celorio, Gonzalo. *Op cit.*, p.62.
26. Torre, Gerardo de la. "El vengador", en Campos, Marco Antonio y Alejandro Toledo (comps.). *Poemas y narraciones sobre el movimiento estudiantil de 1968*, UNAM, México, 1996, p.270.
27. Molina, Silvia. *Op cit.*, p.100.
29. Pacheco, José Emilio. *Op cit.*, p.708.